



ALGUNAS RESPUESTAS INSUFICIENTES PARA UNA PREGUNTA NECESARIA

1ª Ponencia del XII EFCSM 2017

P. Juan Carlos Mateos, presbítero

El P. Juan Carlos Mateos, nacido en tierras de Zamora, es Licenciado en Filología Hispánica y en Teología Patristica. Actualmente es párroco de Argés (Toledo) y profesor de Latín e Historia de la Iglesia en el Instituto Teológico San Ildefonso, de Toledo.

© 2017. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

ALGUNAS RESPUESTAS INSUFICIENTES PARA UNA PREGUNTA NECESARIA

Señala Se me encomienda presentar los dos primeros capítulos del libro *¿Quién es cristiano?*, de Hans Urs von Balthasar. Presentaré el esquema de lo que va a ser la ponencia y procederé a su desarrollo.

Presentamos un punto de partida, esta pregunta que está latente en el aire *¿quién es cristiano?* Una pregunta siempre provoca una respuesta. Von Balthasar, en el primer capítulo del libro (y por tanto en la primera parte de la ponencia), va a ir presentando este diálogo pregunta-respuesta entre un cristiano que pregunta, y se pregunta, cuál es su identidad, y el mundo que le interroga acerca de cuál es la identidad que tú profesas. En la segunda parte será la Iglesia la interlocutora de este diálogo: *¿quién es cristiano?*, *¿qué dices tú, madre iglesia, acerca de los que tú das cobijo como hijos que llevan por título ser cristianos?* Tanto en la primera como en la segunda parte, se presentan tres niveles, y en ellos es donde señala von Balthasar que las respuestas que se han dado tanto por parte del cristiano, como por parte de la Iglesia postconciliar, son insuficientes. Para terminar presentaremos, a modo de pistas, una conclusión.

Empecemos por el punto de partida, la pregunta *¿quién es cristiano?* Automáticamente se nos viene a la cabeza recurrir al catecismo, que ya lo ha definido; la tradición también ha señalado cuál es la obra del cristiano. Cristianos son aquellos que participan y viven de los sacramentos; cristiano es aquél que sigue a Cristo según su evangelio. Pero la pregunta no va en esa dirección; la cuestión que von Balthasar plantea es *¿cuál es el fundamento de tu ser cristiano?* La definición es poner un límite y Balthasar apunta cuál es el fundamento de la identidad cristiana. Con gracia, von Balthasar propone que preguntemos a los especialistas, preguntemos al clero y ellos nos darán una respuesta más acertada. El clero a lo largo de la historia ha intentado dar respuestas a esta pregunta, pero en cada época la respuesta ha sido distinta; si cambia la época cambian las respuestas. Está claro que ahí no podemos encontrar un fundamento firme para que nos sirva para presentar la verdadera identidad de lo que es un cristiano con un valor que sirva para siempre.

Estamos en un terreno movedizo, la historia no nos sirve como un absoluto porque las respuestas que se han ido dando han sido variables. Pero entonces, hoy, *¿quién es cristiano?* Los que estamos aquí, los que profesamos la fe cristiana. Esta pregunta el mundo nos la interroga. Se produce lo que se ha venido a llamar *aggiornamento* (esta palabra es difícil de traducir, a modo de chiste dice el ponente que hay tres palabras italianas que no necesitan traducción: mafia, pizza y aggiornamento, son entendidas por todos). No sirve la respuesta de tiempos atrás, ni de la Edad Antigua, ni de la Edad Media, ni siquiera del Renacimiento (como esta mano tendida hacia el mundo), ni por supuesto, ni siquiera la Ilustración (por esa mundanización de lo cristiano). Hoy *¿quién es cristiano?*

El cristiano hoy. Es verdad que no sirven las respuestas de antes, entonces presentemos una actualización de la identidad cristiana. Existe una línea que busca adoptar las categorías del mundo de hoy para poder establecer un diálogo con nuestros interlocutores; otros, dentro de la Iglesia, se apenan pensando que lo que siempre ha servido hoy está cuestionado, y que si lo que teníamos seguro en lo doctrinal, ahora está puesto en duda, *¿qué nos queda?* A partir de aquí von Balthasar empieza esta búsqueda de *¿quién es cristiano?* Y establece como hemos dicho estos dos interlocutores: el mundo pregunta, el cristiano responde; el cristiano afirma y el mundo no se conforma; y hay como este sistema mayéutico de pregunta-respuesta para intentar acercarse a lo que es la verdad.

Para entender las respuestas que se han dado, hagamos un poco de historia. ¿Quién es cristiano en el mundo? Empecemos en la Edad antigua: San Pablo. En el capítulo 17 de los Hechos de los Apóstoles, en el areópago, le encontramos predicando al dios desconocido. Todos los interlocutores de Pablo son religiosos, no cuestionan la divinidad. ¿Qué es lo característico que Pablo señala? La verdadera identidad que marca un cristiano: la confesión de Cristo muerto y resucitado. Pero von Balthasar llama la atención sobre que el ambiente y los interlocutores tenían mentalidad religiosa, con lo cual el diálogo se establece en unas categorías que no nos sirven para el mundo de hoy. Y esta constante del hombre religioso nos acompaña hasta la Ilustración. El ateísmo es un fenómeno moderno, antes nunca se había barajado la posibilidad, ni siquiera la mera posibilidad, de que el hombre no tuviera la divinidad como un referente que le marca pautas en su vida.

Von Balthasar avanza un paso más y muestra el ejemplo de Santo Tomás de Aquino en la Edad Media, con la obra *Summa contra gentiles*, que es una obra dirigida precisamente a los paganos. ¿Pero quiénes son los paganos para santo Tomás? Judíos y principalmente musulmanes, es decir, hombres que entienden que la divinidad es algo distinto del mundo y es un dios personal, que por medio de un profeta ha establecido una revelación con el hombre. Es decir, la categoría “pagano” en santo Tomás tampoco nos sirve para establecer nosotros un diálogo con la categoría “pagano” en el mundo actual.

Von Balthasar también se plantea ¿qué sucede en el Renacimiento? Explica que es como una vuelta al mundo clásico: allí también hay religiones, pero nadie duda de que la religión cristiana es la más bella y hermosa de todas. Es decir, en la búsqueda hacia la verdadera religión no está cuestionada que la revelación de Cristo es, con diferencia, la religión suprema.

(Aunque el repaso histórico esté siendo muy a vuela pluma, prefiero hacerlo para luego entender alguno de los niveles que establece von Balthasar.)

Por último von Balthasar comenta la época de la historia que divide el antes y el después, acerca de la cuestión “quién es cristiano”, que es la Ilustración. ¿Qué sucede en este momento? En la Ilustración, incluso habiendo religiosidad, lo que se afirma es que son las predisposiciones personales del hombre las que crean la imagen de la divinidad. Por decirlo así, los deseos que acompañan al hombre se proyectan en el mundo superior y lo llamamos dios; por tanto no es un dios personal, es una deidad. El deísmo es el germen del futuro ateísmo. Como los deseos cambian, las necesidades también, por tanto las imágenes de dios también. Y von Balthasar con gracejo dice: «¿Cómo un hombre, el actual, que ya ha llegado a la mayoría de edad (o así lo cree), puede acudir a esta casa de muñecas para elegir cuál es la que mejor le representa?». Es como intentar convencer a un hombre que ya se cree autosuficiente, religiosamente, de que necesita de la divinidad. El proceso que sigue es que: la divinidad ya no viene a solucionar ningún deseo que el hombre tiene, ya no es necesario rezar, hemos superado la época de la contemplación, ahora lo que cuenta, lo que importa, lo que da crédito es la acción.

Este es el *status questionis*, este es el punto de partida: qué preguntas plantea el mundo a los cristianos. Von Balthasar lo plantea en tres niveles: el nivel ético, el nivel estético (artístico) y el nivel cultural.

El nivel ético. El mundo le pregunta: “¿tú eres cristiano? Entonces dame una respuesta. Date cuenta de que el mundo ha cambiado, hay un estilo nuevo de vida, un ritmo nuevo; tú te has quedado en la antigüedad porque has presentado que lo óptimo es la conversión hacia Dios; hoy lo óptimo es la conversión hacia el mundo”. En este diálogo hombre-mundo, el papel preponderante ya no lo tiene Dios, ahora el que marca las categorías de la identidad es el mundo. Así no nos

sorprende que el cristiano viva desconcertado; antes vivía en un ambiente cálido, que le permitía vivir su fe, hoy sufre el frío ambiental que le cuestiona cada día cómo puede vivir su fe. El hombre cristiano se defiende ante el interrogante que le plantean “no te necesitamos en la sociedad para vivir unos valores éticos”. El cristiano se defiende: sólo desde la fe religiosa se pueden vivir en estos valores. El mundo le dice: “no, tus imperativos morales, los que quieres defender como universales, ya no los necesitamos, son extraños para este mundo. Tú te has pasado (y aquí Balthasar hace todo un recorrido histórico) vendiendo una ética para héroes, en tu terminología los llamas santos (y se recuerda el teatro, pues von Balthasar conocía muy bien el teatro clásico); en el mundo antiguo los protagonistas eran héroes y reyes, y en el teatro cristiano los protagonistas son los santos y los mártires, es una nueva vida, pero es irreal. El pueblo se divertía con comedias, donde dioses y hombres vivían envueltos en aquiescencia, en los engaños mutuos. Lo que tú propones nunca será, nunca podrá tener una pretensión universal”.

Balthasar indica además que vivimos en un mundo donde se plantea que no se sabe quién maneja la ética y los valores éticos, ¿quién es el que señala lo que el hombre puede y no puede hacer?; ya no es ninguna divinidad *ad extra*, sino que ahora es la encuesta, la estadística, la mayoría. Lo que la mayoría prefiere se convierte automáticamente en un valor ético universal. Ya no necesitamos que nadie, desde fuera o desde dentro, nos venga a decir: esto sí, esto no. (Cabe recordar aquí que von Speyr tiene un libro que es la *Pasión desde dentro*. Esta categoría “dentro”, “de arriba”, el mundo moderno no la concibe). Son categorías intramundanas las que dan respuesta a esta pregunta: no necesitamos ninguna intervención de la divinidad que nos venga a marcar mediante un imperativo categórico universal cuál es el patrón de conducta actual. Podemos entender que el mundo nos interroga también: ¿cuántos sois estadísticamente? Y si entramos en este juego estamos perdidos, porque si la categoría minoría-mayoría es la que marca, nunca habría habido un cristianismo capaz de poder transformar el mundo como lo hizo en la caída del imperio romano, todo lo que es la Edad Media, todo lo que hizo de avance, no sólo a nivel religioso, sino a nivel humano en los hombres y en las sociedades, recordando todo lo que es el monacato, con lo que supuso de mejora en los cultivos, de mejoras en la organización de la sociedad, toda la creación del mundo románico, la literatura, la poesía, la música. Los cristianos son una minoría a la que el mundo interroga: ¿tú quieres imponer todavía el derecho natural, el ius naturalismo, como un programa que es válido para todos?, ¿todavía estás pensando en los imperativos categóricos con valor universal?, ¿para qué? Hoy el mundo a los cristianos nos dice: tú ética no nos sirve, nosotros ya hemos consensuado una; hemos llegado a establecer unas reglas mínimas de juego donde todos estamos de acuerdo; no sobrepases los límites y vivirás en este contexto tus valores éticos, no pretendas imponerlos, hemos llegado a un consenso de mínimos que nos permite vivir en paz y en sociedad. E incluso el mundo se plantea: pero ¿qué papel desempeñan entonces las religiones?, ¿tiene sentido pensar en un cristiano en el mundo? Y se responde: sí, siempre y cuando no moleste; siempre y cuando no sean incompatibles sus propuestas con el bien común del mundo. Es decir, hagamos un pacto de mutuo entendimiento: tú sal, quédate sosa; tú levadura, no fermentes la masa; y podrás tener un espacio donde puedas cohabitar con nosotros, sin que nos tengamos que enfrentar.

Además von Balthasar, de manera realista, presenta que todos cargamos con el peso de la historia, él lo llama “el peso de los muertos”. La expresión tiene su miga, porque la historia ha de ser entendida como momento donde los hechos cobran sentido en el contexto en el que se han vivido, con las categorías vitales y mentales donde se han producido (la anacronía, sacar los hechos del contexto, hace que sean absurdos). Y este es el gran argumento que enarbola el mundo para echarnos en cara: ¿qué habéis hecho vosotros en la historia?, lo que la Iglesia hizo y no hizo.

Hoy cargamos, sobrellevamos este peso de la incomprensión actual de hechos históricos pasados, dónde la Iglesia se ha cargado de electrones negativos a la hora de estar en medio del mundo (todavía muchas veces, si se coge algún libro de historia, es éste el criterio para poder presentar la historia de la Iglesia en el mundo: todo un vademécum de horrores que hoy al mundo le escandalizan porque los lee fuera del contexto en el que se vivieron. Y se habla de bautizos forzados, de la tortura de los herejes, de los autos de fe, de la conquista de los continentes, de una autoridad religiosa que a veces ha usurpado la autoridad política, etc.). El mundo dice: no vengas a darnos lecciones en este mundo cuando tienes este peso, que no te acredita, que no te reconoce la trayectoria vital para poder darnos una lección ética.

Nos podemos defender y a todos nos sale, porque la Iglesia también tiene hechos que la avalan y la reconocen como que en el medio del mundo ha creado valores que han servido a civilizaciones enteras. Sí, es verdad, pero en el fondo todos los actos más hermosos son los ocultos. Todo lo que hay de historia de santidad, de actos generosos, quedan muchas veces en lo secreto; no puedes pretender que lo secreto, lo íntimo, tenga valor universal. Como veis en el plano ético, el mundo no precisa de lo cristiano para poder vivir en convivencia social. Hemos intramundanzado los valores éticos, que antes hablaban directamente de Dios y su evangelio y ahora el mundo dice “no necesitamos ni a tu a Dios ni a tu evangelio, para poder crear un orden de convivencia justo y pacífico”.

El segundo nivel que plantea von Balthasar es el nivel estético o artístico. Quizás éste sea uno de los argumentos que puedan darnos valía en este diálogo cristiano-mundo. Nos avala que Occidente ha creado un arte genuinamente cristiano a partir del Evangelio; las obras más bellas las ha sostenido el espíritu religioso. De hecho hay una expresión de Goethe que dice que los humanos son productivos en poesía y en arte mientras son religiosos; después se vuelven imitadores irrepetibles. Lo cual tiene parte de su verdad, pero el mundo replica: “no confundas, la fe no tiene nada que ver con las expresiones de la fe; es más, no pretendas venderme una identidad cristiana viendo una catedral gótica, porque ¿qué tiene que ver una iglesia fortaleza de la Edad Media con el Jesús indefenso de la pasión, con el Jesús de la cruz?”. El mundo desautoriza el argumento que le presentamos quitándole precisamente el reflejo de para quién ha sido hecho y en nombre de quién ha sido hecho. Se nos pide que distingamos entre la fe y las expresiones de la fe.

Hagamos un pequeño balance aquí por si podemos encontrar alguna pista de quién es un cristiano. Apuntábamos que para muchos el cristiano es el bautizado, el que cumple por Pascua, el que va a Misa los domingos, hay otros que incluyen el guardar ayuno y abstinencia en Cuaresma, y ya lo más, ser fiel al Papa. Es como si creyéramos que hay un ranking de identidad cristiana en el que todo parte de un criterio *ad extra* del cristiano. No se tienen en cuenta elementos interiores, por ejemplo: cristiano dicese de aquél que sigue a Cristo. Es decir, se ha quitado la persona de Cristo de la matriz que genera el hecho cristiano. Con lo cual cristiano es algo externo que, a modo de etiqueta, igual que se tiene, se quita. Von Balthasar dice que este no es el camino, que no podemos estar pensando en una cristiandad sociológica, que esta no es nunca la identidad que nos puede sostener en este mundo. De hecho, el mundo dice “ni robo, ni mato”, así que no hace falta un mandamiento divino. Parecería que entonces es verdad que sociológicamente no podemos establecer la identidad cristiana haciendo un rastreo por el mundo de hoy, pero sí al menos podríamos enseñar que en algunas minorías hay cristianos auténticos y fervorosos: los que todavía se casan por la Iglesia, los que oran, los que ayudan a los pobres, los sacerdotes, los misioneros o los que siguen los consejos evangélicos. Esto parece un argumento, pero el mundo inquisitivamente nos está diciendo: ¿tú eres auténtico? Se nos está pidiendo e interrogando

constantemente acerca de la autenticidad de nuestra profesión de fe cristiana, pidiendo e interrogando que estemos verificando que es auténtica. No se permite el error como una posibilidad. Lógicamente en este planteamiento von Balthasar señala que es necesario ahondar.

Vamos a ir caminando con la otra interlocutora, la Iglesia, ¿qué dices ella que es un cristiano en el mundo? Y a partir de aquí, hace todo un análisis muy agudo de lo que ha ofrecido la Iglesia postconciliar a este diálogo Iglesia-mundo. Se han dado varias respuestas, pero las califica de insuficientes. No es posible que el mundo crea con las respuestas que hoy se le ha dado por parte de la institución Iglesia.

¿Cuál es el problema que está latente? A la Iglesia se le plantea: si quieres estar presente en el mundo, tienes que ser moderno, tienes que estar abierto y no puedes mantener lo de siempre como establecido de manera fija. Precisamos cambiar para poder tener un espacio vital en este mundo. La Iglesia empieza una serie de cambios, pero son cambios epidérmicos, así los califica von Balthasar que no sirven. Cuáles son los verdaderos cambios, pues aquellos que pasan por la conversión; pero la conversión para que sea verdadera tiene que ser profunda y para que sea profunda se tiene que encontrar con la cruz. Es decir, si solamente se quiere un cambio estético, de maquillaje, pintamos de purpurina al santo, pero no planteamos la vida del cristiano en santidad. Lógicamente estas respuestas nos autocomplacen *ad intra*, pero para el mundo no son convincentes.

Y así, von Balthasar señala cuatro palabras, que son especialmente gráficas y proféticas: «La Iglesia postconciliar ha optado por democratizaciones, colegializaciones, facilitaciones y nivelaciones». Todo en honor de tener un espacio en el mundo moderno: democratizamos, lo hacemos colegial, lo hacemos fácil, lo nivelamos por abajo. ¿Por qué? Porque continuamente el mundo nos está pidiendo, si quieres tener credibilidad, tienes que ganarte el puesto. Y así von Balthasar se pregunta ¿es qué Cristo cuando predicaba estaba al día?, ¿tenía que hacerse hueco en la sociedad de la Palestina de aquel momento?, ¿o Él por el contrario, en su predicación causó escándalo, fue tachado de loco, su buena noticia fue considerada de necios y murió en la cruz?, ¿es eso ser moderno, estar al día? Esta sería la frase que yo (el ponente), si me tuviera que sincerar, pondría en una piedra a modo de programa: Cristo nunca fue moderno, ni lo será.

Podemos querer modernizar, pero sólo si se sigue manteniendo el principio matriz en Cristo. Desde Cristo, sólo desde Él, se puede hacer un *aggiornamento* verdadero, se puede dar respuesta a un mundo que pregunta. Una respuesta cristiana, no sociológicamente cristiana, ni éticamente cristiana, ni culturalmente cristiana. Cristo es la respuesta a la pregunta que hace el hombre hoy. Si no es la centralidad de Cristo, cualquier respuesta será insuficiente; tendrá apariencia cristiana, pero no será Cristo. Cristo nunca fue moderno, ni lo será, así ha sido toda la historia de la evangelización. Recordad a Juan, a Pablo, en su época ser moderno era ser agnóstico; era el modo de pensamiento y filosófico en el que se movían, pero no se plegaron.

Creo que al tratar de entender al mundo hoy nos cuesta especialmente (es una opinión personal) asumir la afirmación que remarca aquí Balthasar: «Todos nuestros movimientos han de ir encaminados a evitar los escándalos falsos, los no-cristianos, para dar paso al verdadero escándalo que es la misión de la Iglesia en el mundo». Ay de aquél que provoca escándalos de los no-cristianos, los escándalos no-cristianos, los que no dicen nada de Cristo, los que no expresan a Cristo. Pero es verdad que la misión de la Iglesia en el mundo produce, provoca verdadero escándalo, y la misión de la Iglesia desde que es Iglesia y desde que el mundo es mundo siempre ha estado en relación tensional. La Iglesia en el mundo a modo de sal, de levadura, provocó verdadero escándalo. El escándalo es predicar y anunciar a Cristo crucificado. No hay otra palabra

que tengamos que predicar sino: este es Cristo, y Cristo crucificado.

La autenticidad viene por la configuración con Cristo, por la identificación con Cristo, no es nunca por asumir slogans que el mundo presenta con un cierto ropaje cristiano. «Cuando el cristiano, el misionero, el que está en la misión en el mundo, es así, puede establecer un diálogo con el cristiano en el mundo, con el no cristiano e incluso con el anticristiano». Todos los interlocutores lo reconocen como válido y con ellos puede establecer un diálogo, pero sólo desde esta identidad. Así, sólo la contemplación es la que nos permite poder salir al mundo. Von Balthasar comenta: «hoy se cree que ya somos suficientemente contemplativos y nos hemos apuntado a un slogan, cogido de San Ignacio de Loyola en la última de sus meditaciones de los EE, contemplación para alcanzar amor, de ser contemplativos en acción; presuponemos lo contemplativo porque lo que nos interesa es lanzarnos a la acción». Este es nuestro engaño, lo contemplativo es supuesto con vista a la acción, que es lo que interesa; no podemos pretender evangelizar así, ni presentar al mundo que nos pide una señal clara e inconfundible de qué es ser cristiano con este bagaje. *Contemplativus in accione* al modo de San Ignacio significa que el hombre ha quedado tan transformado en Cristo que es capaz de salir al mundo presentando la única identidad que configura Cristo. Porque si no, según von Balthasar, al final la acción es una huida de Dios, porque al final acaba rechazando el escándalo de la cruz y en realidad Jesucristo no tiene reverso.

Segunda parte: veamos ahora qué ha respondido la Iglesia postconciliar a estas preguntas que están en el mundo. Von Balthasar las llama tendencias, en el argot más eclesial de la historia de la Iglesia se conocen como movimientos. El movimiento bíblico-patristico, es el primer nivel que presenta, en segundo lugar el movimiento litúrgico o tendencia litúrgica como la llama él, en tercer lugar el movimiento ecuménico (tendencia ecuménica), y por último, el movimiento de diálogo Iglesia-mundo, que él lo denomina tendencia al mundo secular. Veamos qué respuesta ha ido dando la Iglesia a estas preguntas que están en el mundo, y que von Balthasar señala como insuficientes.

La primera, tendencia bíblico-patristica. Como punto de partida no tenemos nada que objetar, es una vuelta a las fuentes, volver a la Palabra de Dios, quitemos todas las cortinas que han velado lo genuino de la Palabra de Dios, como son las formulaciones dogmáticas, eclesiales, canónicas, etc. Lo único que hacen es velar la Palabra de Dios auténtica. Se propone superar ese pasado, volver a la Palabra de Dios genuina como palabra viva de Dios, que se nos ha revelado en Cristo. Hagamos un pequeño paréntesis. Acerca de esta vuelta a las fuentes, hay dos palabras que circularon como slogans a lo hora de aplicar los decretos, constituciones y declaraciones del Concilio, una es francesa, *ressourcements*, que es vuelta a las fuentes, la otra es italiana, *aggiornamento*. En el Concilio se manifestó que éstas eran las dos palabras que podrían presentar una actualización verdadera del mensaje cristiano al mundo. Cuando empezó la “aplicación del concilio”, la palabra *ressourcements* se olvidó, quedó en una palabra para especialistas. La vuelta a las fuentes parecía ser un slogan que no decía nada, todo el acento se puso en el *aggiornamento*. Sin embargo, actualizar sin saber qué es lo que hay que actualizar, nos induce a cometer errores; la vuelta a las fuentes debería ser necesariamente el primer paso de una actualización. Así las cosas, según von Balthasar, la exégesis postconciliar no pudo llegar especialmente lejos, porque fue meramente estética, y en el mundo bíblico todo lo que sonara a exégesis patristica estaba desprestigiado para los científicos; no hablemos de todas esas lecturas alegóricas de textos bíblicos que para el hombre moderno son poco más que meras fantasías (capítulos enteros de Orígenes que han sido tachados y eliminados por científicos). En este camino vamos de la mano con los hermanos protestantes; ellos ya llevan 500 años de vuelta a la Palabra, pero justo cuando la Iglesia

va a la Palabra, ellos ya vuelven de la Palabra al mundo; porque ahora el horizonte, en la exégesis protestante, es el mundo moderno y el único criterio hermeneútico que me permite acceder a la palabra de Dios viva es la filosofía moderna; nos hacen pensar que sólo se puede predicar aquello que el hombre moderno puede asimilar y entender. Hay textos que por incómodos, se obvian.

Recuerdo que cuando estábamos en el seminario nos decían que cuando fuéramos curas, nos preguntáramos: en un año litúrgico, qué temas no he predicado todavía. Temas que están en la Palabra de Dios, pero que a lo mejor son impopulares, o quizás las personas no lo van a aplaudir. A modo de anécdota, llevaba yo pocos años de sacerdote y otro más mayor me decía: “vamos a predicar toda esta cuaresma sobre el texto del evangelio del día”; como propósito no estaba mal, pero cuando llegó el evangelio de «Perdonad a los enemigos, rezad por los que os odian, poned la otra mejilla», comenzó el sacerdote la homilía: “hoy vamos a dedicar la homilía a la segunda lectura”. Pensando en no querer crearnos enemigos, modificamos la predicación, argumentando que este camino el hombre moderno no lo va a entender, no lo va a asimilar, que es mejor no meterse en problemas. Lo que no se predica pensando la gente no lo va a entender, queda en el ambiente como si fuera algo mítico, es decir, hacemos un pseudoevangelio.

Hablemos ahora de la segunda tendencia, la litúrgica, y lo que ha sucedido con ella. Al final, se ha llegado a asumir que es la comunidad la que celebra la liturgia (de hecho se ha insistido mucho en la adaptación de los textos litúrgicos y que la homilía sea en las lenguas vernáculas para hacerlas asequibles al pueblo). Pero von Balthasar plantea: «¿dónde ha quedado el silencio como ámbito para poder celebrar los misterios de la fe? ¿Dónde ha quedado la adoración como la actitud propia y genuina del hombre frente al misterio de Dios?». Es decir, igual que hubo una tendencia en el barroco, el *horror vacui* (no puede quedar nada vacío, hay que decorarlo todo, en los templos todo el espacio debe estar decorado); hoy en el ambiente, en la sociedad contemporánea, hay un horror al silencio. «Tenemos que llenar nuestras liturgias, según von Balthasar, de rezos continuos, lecturas interminables, cuaderno o cantos, que luego hay que responder. ¿El hombre moderno qué necesita? Si no hay recogimiento semanal, al menos en el domingo, cuando el alma, su alma, sí lo necesite, no podrá escuchar a Dios porque Dios sólo habla en el silencio». Sólo en el silencio se puede acoger la Palabra de Dios proclamada y predicada. Y hemos hecho algo tan comunitario de la liturgia, que al final parece que no es celebrar el misterio divino, sino pura autocomplacencia humana, donde nosotros mismos recibimos gloria unos de otros; nos sentimos a gusto por lo que nosotros mismos celebramos, gestionamos, pero al final la liturgia poco tiene que ver con lo divino y con Dios. Cita von Balthasar: «La humanidad se homenajea a sí misma en nombre de Dios».

La tercera tendencia que nos señalaba el autor es el ecumenismo. Es una evidencia que las separaciones son un escándalo, es cierto que nos restan credibilidad, es verdad que la unión sólo puede venir del Espíritu, pero, ¿cómo ha respondido la Iglesia a esa necesidad, a esta demanda del mundo de hoy? Con nivelación: rebajando, poniendo en la mesa sólo lo que nos une, dejando lo que nos separa y esperando ser capaces de llegar en el camino a un mutuo entendimiento prescindiendo de aquellos aspectos que son especialmente espinosos. En definitiva, el que está dentro de la Iglesia católica piensa que así no vamos a ninguna parte, lo de siempre queda como aguado, y los que están enfrente se sienten metidos en una encerrona, «en una trampa» según expresión de von Balthasar. Sin duda, por nivelación no llegamos.

El cuarto y último nivel es la tendencia al mundo secular-mundano. Me parece que es más apta la palabra secular, ya que en nuestro idioma lo mundano conlleva una carga peyorativa. El diálogo con el mundo es posible, pero no con el mundano, que por definición es contrario o fuera del

acto divino; lo secular sí es un interlocutor con el que la Iglesia puede establecer un diálogo. Es la Iglesia en salida, que desde *Evangelii Gaudium* está planteando el Papa Francisco: la Iglesia sale para anunciar al mundo quién es cristiano. Pero hay un cambio, antes en el mundo se tenía una visión divina del mundo mismo, nadie dudaba que el mundo hubiera sido creado por Dios y que Dios viviera en el mundo como obra creada suya. Hoy el mundo está “desdivinizado”, se piensa que no es necesaria la intervención de Dios para explicar por qué el mundo ha llegado a ser mundo. De hecho, ha habido movimientos dentro de la Iglesia, en los que se decían eslóganes como *fuga mundi*, *contentus mundi*, “este mundo es irredimible, vayámonos del mundo”.

¿Por qué el cristiano está en el mundo? ¿Por qué debe estar en el mundo? Porque es donde Dios está interviniendo y actualizando su salvación; ofreciendo a cada hombre el camino que le hace recobrar su verdadera identidad y le pone en camino de salvación. Von Balthasar señala que hay dos realidades que han mostrado esta relación Iglesia-mundo en su justo término: una es San Ignacio de Loyola (según expresión suya, «mi parroquia es el mundo»), y la otra son los Institutos Seculares, una manera de ser cristianos en el mundo.

Conclusión. ¿Quién es cristiano?

En ocasiones, de tanto estar en el mundo, al final nos hemos convertido en que somos mundo. Balthasar dice que ser mundo es un hecho natural, y hoy para el hombre moderno parece un deber espiritual; por decirlo así, que el cristianismo es humanismo. ¿Para qué la fe, los misterios de la fe, para qué esos dogmas tan absolutos, para qué lo inefable...? Lo verdaderamente cristiano también es humano. El mundo está sacralizado, tanto que ha llegado a ser divino. Hubo intentos en la teología, en la tradición, para profundizar en esta relación con el mundo. Por ejemplo remontándonos a Orígenes: todas las cosas creadas, todo el mundo, ha de ser recapitulado; todo ha de ser vuelto a las manos de Cristo. En línea con él, Pseudo-Dionisio, San Alberto, San Buenaventura, Santo Tomás, etc. Pero todos han cargado con un peso, y es que hay demasiado mundo en su teología.

¿Cuál es la verdadera respuesta? Sólo volviendo a la Palabra vivida de Dios el cristiano puede encontrar en ese lugar, en ese único lugar, la identidad de quién es un cristiano en el mundo. Sólo la Palabra de Dios, que se ha encarnado, se ha hecho Hombre y ha habitado en el mundo para salvar al mundo, tiene una Palabra para poder marcarnos la identidad de quién es cristiano. En línea con Adrienne von Speyr, María es el icono de esta presencia en el mundo. También creo que las dieciocho reglas de San Ignacio para sentir con la Iglesia, madre jerárquica, es el modo de estar en la Iglesia y el cristiano en el mundo, dado que San Ignacio entendió que un discípulo de Jesús, uno de la Compañía de Jesús, es aquél que está, precisamente, en el mundo en el nombre de Cristo. Creo que la verdadera respuesta es la Palabra de Dios y las dieciocho respuestas que San Ignacio señala para sentir con la Iglesia.